

I

EN ACTO DE SERVICIO

—QUE NO. QUE NO tenemos queja alguna —insistió Claudio—. Que estamos satisfechos con tus servicios. Eres una buena profesional de la seguridad privada.

—Aun así —le dije yo tamborileando con los dedos la mesa de su despacho—, esto no es justo.

—Oye, que esto no es una misión de castigo, así que no me llores, que tampoco estás siendo víctima de ningún tipo de acoso profesional.

—Entonces, ¿por qué me impones este cambio de cliente tan drástico?

—He intentado mantenerte al margen de todo esto —me dijo él marcando cada palabra para darme a entender que aquello escapaba a su control—, pero al final se imponen los hechos. Resulta que eres la única vigilante con licencia de guarda de campo que tenemos asignada a tareas de seguridad urbana en toda la sucursal.

—Pero es que yo no quiero hacer de forestal. Quiero

quedarme en la ciudad —respondí cruzándome de brazos.

—Ya lo sé. Y lo siento, pero tenemos la demanda que tenemos. Los clientes nos piden cada vez más guardas particulares de campo y no tanto vigilante de seguridad.

Le mostré a Claudio una fea mueca de indiferencia. A mí me tenía sin cuidado la situación del mercado.

—Ya sabemos que estás cómoda y a gusto vigilando las oficinas esas en las que llevas desde que te contratamos —me dijo—, pero me veo obligado a escoger entre tener que reubicarte o contratar a un nuevo trabajador para darle servicio a un cliente que sólo nos va a necesitar durante tres meses más. Como comprenderás, es absolutamente injustificable eso de contratar personal nuevo para tan poco tiempo estando tú por aquí.

Viéndome atrapada definitivamente, volví a estallar.

—¡De guarda de campo! ¡Maldita sea la hora en la que me saqué esa licencia! ¡Me haces salir de unas oficinas bien climatizadas para enviarme a las montañas a que me pele de frío!

—Pues sí. Aunque no creo que eso te importe tanto cuando te diga que vas a ganar más del doble de lo que estás percibiendo ahora.

¡Ea! Cambié de cara. Radicalmente. Esto ya era otra cosa, era justo lo que yo quería: cotizar el cambio. Necesitaba el dinero.

—¿Es que hay un *plus* de peligrosidad?

—No —me dijo—. Hay bonificación por nocturnidad.

—Hale, a pasar sueño.

—Lo siento mucho, pero te toca el turno de noche. Se trata de una misión de vigilancia ininterrumpida veinticuatro siete.

Ese era el término que empleábamos cuando la vigilancia se centraba en instalaciones y emplazamientos con seguridad permanente. Los turnos de guardia se sucedían

las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana.

—El turno vespertino se lo hemos dado a un chaval nuevo de apenas veinte añitos que amenaza con dejar el empleo cada dos por tres —dijo él encendiéndose uno de aquellos horribles puros finos que fumaba—. Y el matutino lo lleva un inmigrante rumano del que no estamos nada contentos. Necesito a alguien de confianza para el turno nocturno.

—¿Cuánto dinero será?

—Pues tu nómina actual más un complemento mensual de mil cien euros que te abonaremos al terminar con este cliente y si todo ha ido bien.

—En fin. Acepto —suspiré con resignación—. Sabes que estoy sin blanca.

—Tampoco tienes otra opción, Alicia. La empresa te ha contratado por todo lo que pone en tu currículum. Te pagamos —me dijo él en tono reprobatorio—, entre otras cosas, porque eres una guarda de campo titulada, y eso es lo que vamos a emplear.

Miré a Claudio, dando a entender que por las malas la cosa no iba a funcionar.

—Claudio, sabes que me he metido a vigilante de seguridad por el dinero. Y nada más.

—Es que es un buen pellizco... La cosa es que tampoco te lo damos sólo por pernoctar.

Se me encendió la luz de alarma. Volví a ponerme a la defensiva.

—Entonces es que hay algo más. Dime cuáles son las condiciones del trabajo —dije yo—, con detalle.

—Pues sí, hay más. Concretamente, un programa de seguridad que incluye una ronda cada dos horas. Y te aviso de que la ronda es un paseo de quince minutos.

—¿Quince minutos? ¿Cuatro rondas de campo de quince minutos por jornada de trabajo? ¡Me vas a hacer ca-

minar por la montaña a las tantas de la madrugada una hora cada día! ¡Pensé que las tareas de vigilancia se centrarían en el edificio!

—Pues lo siento pero el cliente quiere que se hagan rondas por toda la finca —me replicó Claudio tras darle una profunda calada a su puro—. Rondas que son casi perimetrales.

—Pero... ¿qué hay de valor en la finca, aparte de la villa?

—El edificio no es una villa. Es una fábrica. En sus inmediaciones se ha desplegado todo tipo de maquinaria de demolición, ligera y pesada. Hay grúas, dragalinas, cargadoras y excavadoras desperdigadas por todas esas hectáreas.

Suspiré. Vigilar maquinaria de obra no era tan peligroso como vigilar un furgón blindado, pero sí que era mucho más aburrido: normalmente, nadie roba una excavadora.

—No lo entiendo. ¿Qué demonios hace una fábrica emplazada en una finca rústica?

—Ya. Yo tampoco lo entiendo. Sobre todo si tenemos en cuenta lo apartada que está la finca.

—¿Dónde está exactamente?

—Perdida entre campos de cultivo. Se accede a ella a través de una vieja cañada rodeada de olivos centenarios a la que puedes llegar desde uno de los desvíos principales que salen de la carretera nacional 232 entre Vinaroz y Morella. Lledó te concretará con detalle el itinerario. El plano lo tiene ella.

—Pero... esto es alucinante. ¿A qué clase de fábrica se accede desde una vía pecuaria?

—A una que lleva más de sesenta años cerrada.

—Ya veo. De ahí lo de la demolición.

—Exactamente.

—Qué sitio tan raro... —me levanté de la silla, dando a entender que la conversación se había terminado—. ¿Y cómo es que todo esto no lo estamos hablando en una reunión de grupo?

En la empresa solíamos hacer «reuniones de grupo» cuando se abría un nuevo expediente. Nos sentábamos en una mesa todos los vigilantes asignados a un mismo cliente o demarcación geográfica y los jefes nos explicaban cómo iba a ser el trabajo a todos, en conjunto. La estrategia nos ahorraba conversaciones de tú a tú como la que se acababa de producir entre Claudio y yo, al tiempo que nos permitía entrar en contacto a los vigilantes. Dado que íbamos a tener que cooperar y coordinarnos para acometer las labores de vigilancia, mis homólogos y yo solíamos aprovechar para organizar los relevos de las guardias y sincronizar las rondas durante las susodichas reuniones de grupo.

En definitiva, se trataba de reuniones que permitían vertebrar y estructurar mejor nuestro trabajo. Y siempre había una reunión en grupo antes de empezar con un cliente nuevo. Preguntar por la reunión era ineludible.

—Porque el grupo ya se formó hace más de dos meses —me respondió Claudio hablando a la vez que exhalaba el humo—. El dispositivo de vigilancia ya lleva once semanas operativo. Tú vienes a reemplazar a un vigilante que se nos ha... descolgado.

Aquella última palabra me sonó realmente mal.

—Descolgado.

—En efecto. Leonardo Martínez-Navarro. Lleva dos días en paradero desconocido. Su familia ha denunciado la desaparición.

—Vaya. Qué extraño —le dije—. ¿Y cómo es que no he oído nada de todo esto? Ninguno de mis compañeros me ha hablado de este cliente tan raro y tampoco he oído nada acerca de un compañero desaparecido.

—Los tres trabajadores que se asignaron a este cliente eran, como tú, guardas de campo y no vigilantes de seguridad convencionales. Y fueron contratados expresa y exclusivamente para esta operación de vigilancia en concreto. Ya sabes que la empresa tiene una plantilla compuesta principalmente por vigilantes y no por guardas de campo. La idea era no tener que moverte... ya te digo que hemos intentado no tener que reubicarte, pero al final no ha podido ser. Nos hacen falta más forestales y tú eres uno.

—O sea —le respondí poniendo cara de circunstancias—, que encima me tengo que integrar en un equipo de novatos.

—Novatos que no conoces y que no tienen casi ningún contacto con el resto de los trabajadores de la empresa —dijo él asintiendo en solemne actitud de castigo—. De ahí que no hayas oído nada. De ahí y de otro aspecto: el cliente pide discreción. Pretende derruir la vieja fábrica para especular con el solar. Si todo sale bien lo habrá vendido en breve y está tratando —me dijo bajando la voz y ralentizando el movimiento de su enorme bigote— de zanjar el asunto de espaldas a sus familiares y vecinos. Hazte una idea.

—O sea, que se supone que no tengo que hablar de todo esto con nadie.

—Lo vas captando —me dijo él en tono condescendiente.

—Ya veo. Pues nada, que me voy a despachar con Lledó. Supongo que querrás que empiece esta misma noche.

—En efecto. Como no había otro guarda de campo libre, anoche tuvimos que enviar al Director de Seguridad a cubrir el turno que te corresponde desde ya. Vamos, que tienes que incorporarte al servicio inmediatamente. Que empieces dentro de cuatro horas.

—Pero... ¿el Director de Seguridad de esta sucursal no eras tú? —le pregunté con una sonrisa borde—. ¿Así que tú también tienes el título de guarda de campo?

—Efectivamente. Adivina quién no ha pegado ojo en toda la noche.

Desde luego que a Claudio se le podía reprochar cualquier cosa salvo aquello de predicar con el ejemplo.

Me volví hacia la salida del despacho, pero la cosa no había terminado. Faltaba lo peor.

—Un momento, Alicia.

Me di la vuelta.

—Es mejor que lo sepas desde el principio —me dijo mientras daba pinceladas con el puro en aquel viejo cenicero de cobre—. Vas a reemplazar a un trabajador que desapareció en acto de servicio. Salió a vigilar la fábrica anteanoche y nunca volvió a casa.

—¿Pero llegó a tomarle el relevo a su compañero?

—Pues sí.

—O sea, que desapareció...

—...mientras hacía la ronda —me interrumpió Claudio—, efectivamente. El vehículo que se le asignó estaba aparcado junto a la fábrica de alpargatas cuando llegó el rumano encargado del turno matutino y encontró la finca desatendida. Martínez-Navarro no aparecía para dar el relevo.

—¿Y no se le ha buscado por las inmediaciones?

—Es lo que hizo Fajardo, el encargado del turno vespertino que tenía que darle el relevo al rumano, recorrió toda la finca sin encontrarle. Después de eso es cuando tuvimos que asumir que habíamos perdido a un vigilante: habían pasado veinticuatro horas desde su desaparición.

—Y el tal Martínez-Navarro... ¿no llevaba un móvil?

—En la finca no hay cobertura, con lo que no sirve

para nada llevarlo encima al hacer la ronda. Se lo dejó en el coche.

Miré, entre las volutas de humo, a los ojos de Claudio. Él me vio preocupada y prosiguió.

—En cualquier caso eso a ti te va a dar igual: te hemos asignado un vehículo dotado de emisora de radio. Deberás de informar a la central de alarmas después de cada ronda. Enviaremos a alguien a buscarte si no lo haces.

Bufé.

—Vaya. Gracias —dije ironizando—, de repente me siento reconfortada y mucho más tranquila.

—Menos sarcasmos. Para ti sólo es un cliente incómodo. Para mí resulta mucho más duro: piensa que he perdido a un vigilante en acto de servicio y en circunstancias extrañas. ¿Cómo crees que puede afectarle eso a la empresa? ¿Y a nuestro cliente?

—¿Y a la familia del trabajador desaparecido —dije traicionada por mi mala uva—, cómo crees que le está afectando?

—Alicia, que ya aparecerá. Debe haberse perdido por los alrededores, o algo así.

—O algo así. Seguro.

El suspiro de Claudio me sonó como un insulto. Por lo amenazador y por lo desagradable. También tuvo algo de familiar.

II

CONTIGO YA VAN TRES

ERA UN ATARDECER espléndido. Se mascaba, estaba a la vista. Iba a ser un anochecer horrible. También.

El tiempo parecía haberse detenido y luego amontonado en aquella abandonada y sucia finca. Una deprimente sucesión de hanegadas desatendidas, repleta de matorrales, de rampas y de lodazales. Plagada de mosquitos. Olvidada y mal señalizada. Arrinconada.

El caso es que no era esa la impresión que daba inicialmente el acceso a aquel antiguo lugar. Era un sitio que engañaba. Arrancaba primero con aquellos olivos centenarios, dispuestos ordenadamente y en rectas columnas, lo propio en terrenos de cultivo, lo normal en las tierras de secano de aquella comarca de Castellón. De modo que era como si el visitante se adentrara, saliendo de una pequeña carretera autonómica, en un olivar en plena explotación. Luego la cañada que cruzaba los campos de los olivos se iba angostando retorcida y dejada hasta convertirse en apenas

un camino de cabras por el que se abría paso, no sin dificultad, aquel todoterreno japonés que me había asignado la central de alarmas. Los olivos se iban degradando poco a poco, desenfaldándose y dejando caer aceitunas maduras alrededor de sus troncos. Terminaban cada vez más rodeados de matojos y oliveras jóvenes, salvajes, a medida que se había ido echando a perder aquella tierra.

Algunas oliveras iban muriendo. Otras, por el contrario, parecían despuntar a costa de las demás, desbordadas gracias a varias décadas sin poda. Alguna había partida por el rayo, derribada sin que nadie pareciera haberse molestado en talar sus restos. Todas abandonadas. Al final se veía cómo lo que había empezado siendo un área de cultivo cuidada se tornaba un erial desigualado y abrupto del que no se podía obtener uso alguno. Tan sólo la vereda que lo surcaba parecía presagiar que todo aquello iba hacia alguna parte.

Y es que, contra todo pronóstico, el polvoriento camino terminaba dando con algo. Con la fábrica. Recorrerlo te hacía sentir como si el cuidado y la cosecha de aquellas hectáreas se hubiera ido perdiendo progresivamente en tanto te ibas adentrando en la finca, como si los jornaleros hubieran ido abandonando sus labores al aproximarse al edificio imposible que, contra toda lógica, se había levantado en el corazón del lugar. Despejaban los árboles, dando paso a una explanada de piedras y matorrales, y se llegaba a aquella horrible construcción levantada en piedra y pintada de negro.

La fábrica estaba enclavada en una leve depresión, apenas un sutil valle entre dos colinas redondeadas. Ya totalmente dejada de la mano de Dios, y de la del hombre. Las ratas debían de campar a sus anchas por aquella zona, con tantas matas secas, pululando por la maleza. Me pregunté cuál habría sido la suerte del compañero que había

desaparecido por aquel sitio, con un escalofrío recorriéndome la espina dorsal. Anochecería pronto.

Entonces divisé, apostado entre la maquinaria pesada de demolición desplegada por los alrededores del edificio, al que iba a tomar mi relevo. Un vigilante embutido en su uniforme de guarda de campo, endiabladamente joven. Nos dimos los dos besos de protocolo.

—Tú debes de ser Alicia.

—Así es. ¿Y tú, cómo te llamas? —le pregunté fingiendo no saberlo.

—Jesús. Jesús Fajardo —dijo él encendiéndose un cigarro negro y lanzándome una mirada furtiva a los pectorales—, aunque todos me llaman Suso. Estoy a cargo del turno vespertino.

Suso era un individuo peculiar, con porte de matón de bar y modales de macarra. Luego le conocías y resultaba ser un muchacho inteligente y avisado. Se recortaba con esmero una perilla de chivo y unas largas patillas, muy modernas. Se depilaba con cuidado el entrecejo. Se perfumaba mal, probablemente con la misma agua de colonia que su padre. Aficionado a perforarse el cuerpo, una hilera de tachuelas de acero recorría la línea superior de su barbilla, justo donde empezaba su perilla. Por la apertura del cuello de su camisa se adivinaban trazas de tatuajes tribales y la musculatura propia de algún deporte de contacto. Bajo sus innecesarias gafas de sol azul chillón se dejaban ver unos ojos negros, despiertos. Tenía la nariz rota. Alguna pelea.

—Debes tener apenas veinte años —dije yo en tono de sorpresa.

—Tengo casi veinticuatro —me dijo como si el peso del mundo se hubiera depositado de repente sobre sus hombros—, ya hace más de dos meses que empecé a trabajar como vigilante.

—¿Y cómo lo llevas?

—Nah, paso de esto. Es sólo algo temporal, hasta que me salga un curro *de lo mío*.

—Ya. Eso es lo mismo que dije yo cuando empecé. Ahora resulta que tengo diez años más que tú y ya llevo más de dos trabajando en esta empresa.

—Yo es que me acabo de licenciar en Biología —me dijo él en tono autosuficiente— y no encuentro empleo. He tenido que volver a mi tierra cuando se me han terminado los ahorros. El plan ahora es ganar algo de pasta en esta mierda de trabajo y luego volverme a Barcelona a buscar-me algún empleo guapo, con calma.

—Me suena —dije sonriendo—, ya te digo.

—Bueh, en cualquier caso, esto no es para mí —me replicó pretendiendo sentenciar la conversación, que parecía haberse vuelto incómoda para él.

—Mira, yo también tenía una carrera profesional muy dura, bien pagada y más o menos encauzada —le dije dispuesta a poner las cosas en su sitio—, pero tuve una mala racha y me saqué, igual que tú, el titulillo de guarda de campo por aquello de que me parecía romántico trabajar de guardia forestal privado durante una temporada y hasta que me saliera algo mejor —pronuncié estas últimas palabras con retintín—. Fueron pasando los años y ahora me veo que he acabado dando con mis huesos en el apestoso negocio de la seguridad privada sin beberlo ni comerlo.

Suso parecía estar empezando a ponerse nervioso. No dijo nada.

—Mira, chico —insistí ejerciendo de madre mientras caminábamos hacia el coche de él—, déjate esto en cuanto puedas o empezarás a acostumbrarte a ganar dinero fácil y a vivir con tus padres. Es un consejo de una amiga. No sabes dónde te estás metiendo.

—Y tú, ¿lo sabes? —me dijo él en el tono cáustico del que se saca un as de la manga.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Que contigo ya van tres.

Puse cara de extrañeza. Nos detuvimos.

—El puesto que te han asignado —dijo Suso—, eres el tercer guarda de campo que veo incorporándose a él desde que ha empezado esta operación. El tercero.

—Algo me ha dicho Claudio Muñoz, el de dirección. Me ha comentado que el último vigilante en turno de noche desapareció estando de guardia.

—Así es. Y el primero está de baja. Con que mi curro será una mierda, pero el tuyo está gafado.

—Eso es lo que no sabía yo —dije malhumorada.

—Nah, el tipo se nos puso enfermo. Debe de estar chungo de cojones, porque le han dado una baja de casi un año.

—¿Casi un año? —pregunté alborotada—. ¿Qué tiene? ¿Cáncer?

—Pues no lo sé —me contestó—. Nadie nos dice nada. Claudio me ha dicho que me olvide de él. Y eso me tiene de lo más contento, que el tío aquel era todo un capullo.

—Ya preguntaré a Claudio por él —dije pensativa—. No es normal que un vigilante nocturno se te coja una baja tan larga... a no ser que le haya pasado algo.

—¿Estás de guasa? —dijo Suso—. Si esto es un coñazo de curro. Un agobio. Aquí nunca pasa nada y no hay nada que hacer. Ese vigilante se nos agobió de aburrimiento, o es que es un depresivo. Y el pieza que desapareció el martes saldría a hacer la ronda y se debió de caer en alguno de los pozos que he visto por la zona. Fijo que sí.

—¿Pozos? ¿Por aquí? Si esto es una finca de secano. Si todo lo que hay es un par de charcos de fango y nada más.

—Ahora nos iremos tú y yo a hacer una prospección

por aquí, que te tengo que enseñar cómo va la ronda y verás lo feo que es esto, con todas esas pozas de riego desparrramadas por doquier. Sin ir más lejos, hay un horrible pozo seco justo en el bosquezuelo que para detrás de la fábrica.

—Ah, la fábrica. La derriban. ¿Cuándo?

—Dentro de un mes. O dos —me dijo él, divertido—. Se ve que estaban contando con tirarla abajo en un visto y no visto y va y les retiran la licencia de obra en el último momento.

—¿Y eso?

—Pues porque estamos hablando de una construcción levantada sin licencia sobre un terreno no edificable. La puta fábrica lleva aquí desde los años treinta y jamás ha constado en ningún papel. No existe. No está. Ni siquiera sale en los mapas de Google. Y los actuales propietarios, herederos, ni siquiera sabían eso.

—Vaya. Qué raro —dije yo—. Esa fábrica de alpargatas tiene más de setenta años, ¿no? —dejé escapar un silbido de admiración—. Es increíble que nadie haya reparado en su presencia en todo este tiempo.

—Supongo que ayuda el desnivel. Y la orografía. Haría falta sobrevolar la zona para descubrirla.

—Ya veo. ¿Pero podrán derribarla pronto? —dije yo, pensando en volver a mi antiguo empleo cuanto antes.

—Por el momento la demolición del edificio depende de cacaos administrativos —dijo Suso quitándose la gorra y rascando su afeitada cabezota—. Ni siquiera se sabe si el derribo tiene que llevarlo a cabo el propietario del terreno o el Ministerio de Obras Públicas por aquello de que las construcciones sin papeles las tira abajo el Estado en determinados casos —interrumpió su discurso para apagar el cigarrillo—. Ya te digo, un auténtico lío. Y a nosotros nos toca alargar la operación de vigilancia mientras los aboga-

dos discuten. De hecho, lo único que sabemos a ciencia cierta en todo esto es que se ha firmado con el cliente un contrato al que todavía le quedan tres meses. Y en esas estamos. Los dueños de la finca vienen a menudo, se cagan en todo y se van, impotentes —rió.

—¿Y no podrían haberse llevado todas estas máquinas?

—¿Llevarselas? ¿Te has vuelto loca? ¿Cuánto crees que les ha costado hacerlas llegar hasta aquí? ¿Tú has visto cómo está el camino?

—Vaya —dije riéndome—. Pues es verdad. ¿Han traído ese monstruoso ariete de golpeo con un helicóptero?

—Pues... espera, ¿has dicho ariete de golpeo? ¿Es que sabes de derribos? —dijo él, divertido.

—Estuve trabajando en una empresa de obras y reformas durante los veranos que me dejaba libre la universidad. Mi padre me tenía de obrera en julio y agosto, era la única forma que tenía de poder pagarme la carrera.

—Y ahí fue cuando te acostumbraste a los empleos de hombre —me dijo él con una mueca sardónica.

—Pues no. No fue ahí. Fue en el ejército profesional.

—¿Y de camionera no has trabajado?

—Muy gracioso.

Suso prosiguió con su parloteo mientras recorríamos la finca dirigiéndonos al primer punto de control. Me tenía que enseñar la ronda de vigilancia antes de marcharse.

III

EL CERCO

LA CAÑADA QUE DABA a la fábrica no moría con ella, sino que la rodeaba para seguir hacia un bosque de algarrobos y carrascas. La ronda que nos habían encargado incluía una breve incursión arriba y abajo de la vereda, así como un par de incursiones fuera de ella, campo a través, ya que poco antes de llegar a la fábrica se había dejado un grupo electrógeno de doscientos kilos a un lado del camino y que se había aparcado un enorme *bulldozer* a más de cien metros detrás de la fábrica, justo donde el bosque se empezaba a volver frondoso.

También había que vigilar la nave industrial, recorriéndola perimetralmente y penetrando en su interior. Por último, una pala excavadora que había quedado rezagada del resto de la maquinaria pesada estiraba otro centenar de metros la ronda, ladeándola hacia un costado del camino y obligando al guarda a meterse de nuevo entre los matojos muertos que precedían a los olivares.

Con todo, los vigilantes tardábamos un cuarto de hora en hacer la ronda a paso rápido. El resto del tiempo lo pasábamos sentados sobre un gigantesco pedrusco de color amarillo hueso que había a pocos pasos de la entrada a la fábrica. Era una roca maciza, dura y redondeada, que debía pesar media tonelada y desde la que se avistaba, más o menos, todo el lote de inmovilizado material que había que vigilar. El frío de la montaña también hacía especialmente interesante aquella posición: podías usar la monstruosa piedra como parapeto para protegerte de las ventiscas y la escarcha.

Hice la ronda de las once de la noche y di parte por radio de la situación. Lo mismo sucedió con la ronda de la una. La noche iba tranquila y aburrida hasta que me dieron casi las tres. El momento en que empezó todo.

Poco a poco se había ido silenciando el bosque. Primero fueron callando los grillos, luego reparé en que habían enmudecido las aves también, incluyendo a aquel enorme y persistente búho real, que había estado entonando su reclamo desde hacía un par de horas, agazapado en algún escondrijo de la arboleda.

Hasta los murciélagos habían dejado de revolotear en torno a las nubes de mosquitos que había en el lodazal junto a la excavadora. Finalmente, un valiente grillo hizo un último amago de retomar su murga, viéndose silenciado enseguida, como reprendido por una mano invisible, por una batuta que hubiera dado los dos golpes secos para pedirle silencio a la orquesta. Me había quedado sola al fin. O es que iba a empezar una sinfonía.

Y así fue cómo me envolvió el silencio en mi primera noche en la fábrica de alpargatas, un silencio absolutamente antinatural en una montaña que se encuentra a varios kilómetros del tendido eléctrico más cercano. Para colmo, una horda de nubarrones negros se ocupó, al cabo

de unos instantes, de hacer desaparecer la escasa luz natural que había, declarando a aquel horrible lugar definitivamente muerto. Yo me despedí, sintiéndome como si me hubieran arrojado a un foso, de la luna; y subí dos puntos la intensidad de la luz de aquella lámpara de acampada que me habían asignado en dotación, un farol con *leds* de alta intensidad, endiabladamente ligero y que proyectaba una fantasmal luz verde sobre el peñasco. Lo lúgubre de la situación me hizo preguntarme si no estaría mejor dentro del coche, junto a la emisora de radio, protegida del viento que bajaba desde la Sierra de Irta y cómodamente sentada...

Supongo que eso es lo que habría hecho, meterme en el coche, de no ser por la consabida costumbre de Claudio de visitar al personal de su empresa durante las guardias comprometidas e intempestivas para comprobar personalmente y sobre el terreno la profesionalidad de sus lacayos. Me aterraba la posibilidad de que me volvieran a pillar en un renuncio. Sería un despido fulminante. Así que opté por quedarme apoyada en el pedrusco y mirar. Para eso me pagaban.

El sobrenatural silencio empezó a hacérseme insoportable. Yo no estaba acostumbrada a tanta quietud, después de más de dos años trabajando en la ciudad... Reparé con sorpresa en los complejos matices de mi propia respiración y cuando empecé a escuchar mi propio pulso me pregunté si es que el bosque había enmudecido por completo o si sería que mi corazón había empezado a latir con inusitada fuerza por culpa de aquel paranormal despliegue de silencio. Me estaba asustando. Aquello no me parecía nada natural. No era paz, era el vacío. Y entonces lo vi.

Un niño de apenas siete u ocho años de edad. Caminaba en solitario, atravesando la negrura más absoluta. Iba vestido con una camisa blanca de manga corta y unos

pantalones cortos de color beige. Parecía traer prisa. Salió de entre los olivos mirando primero a ambos lados para ponerse luego a caminar en dirección hacia la fábrica, bajando la cañada hacia el valle en donde yo me encontraba.

No pude creer que un niño de tan corta edad pudiera recorrer en solitario una finca rural como aquella, a las tantas de la mañana de un martes de octubre. Pensé que debía haber alguien con él y decidí dar el alto.

—¡Alto ahí! ¡Esto es propiedad privada! ¿Quién va?

El chaval se detuvo súbitamente. Miró en mi dirección, descubriéndome, y salió inmediatamente del camino, internándose de nuevo en los olivos, a plena carrera.

Yo entré en el coche y me lancé sobre la emisora de radio.

—Central, aquí Noche Cerrada. Cambio.

—Adelante Noche Cerrada.

—Avistado intruso en la propiedad que vigilo. Solicito permiso para abandonar mi posición. Cambio.

—Negativo, Noche Cerrada. Proceda según protocolo de incidencias.

—Negativo, central. Se trata de un menor. No debe tener ni diez años de edad. Y está solo y merodeando por las inmediaciones de esta finca rural, a quince minutos de coche de la carretera nacional. Solicito permiso para abandonar mi posición.

—Negativo, Noche Cerrada. Mantenga la vigilancia demarcada. Procedemos a informar a las autoridades. Cambio.

—Andrés, no puedes hacerme esto —dije gritándole a la radio con enfado—. ¿Un niño que se ha perdido en esta finca me sale por piernas en cuanto le doy el alto y a ti sólo se te ocurre pedirme que me quede quieta y que espere a que llames a la Guardia Civil?

—Noche Cerrada, tengo instrucciones expresas y tajantes de extremar las precauciones con tu posición. Mantén la guardia acordada y no te inmiscuyas en ninguna tarea policial. Cambio.

—¿Y abandonar al chaval? ¡Son las dos de la mañana, la Rural tardará horas en llegar hasta aquí! ¡Hace bastante frío y esto está más oscuro que una cueva! ¡No puedo hacer eso, es sólo un niño!

—Debo insistir. Tu función se reduce a tareas de vigilancia. Ya has dado parte del incidente, ahora nada de heroicidades, Noche Cerrada. Mantente en tu ronda y no la abandones bajo ningún concepto.

—Entonces me aproximaré al punto donde he visto al intruso sin abandonar el recorrido de mi ronda —dije con recochineo haciendo ver que no podía cooperar con algo así—. Cambio y corto.

—Noche Cerrada —bramó la radio a toda velocidad—, te recuerdo que se ha producido una reciente desaparición de uno de los nuestros en tu posición, te prohíbo terminantemente que...

Apagué la radio. Salí del coche y cogí la *finisterre*.

La llamábamos *finisterre*. El faro del fin del mundo. El mejor amigo del vigilante. Una linterna táctica de acero negro. Mil ochocientos gramos, doscientos euros. Material militar que compraba Claudio a una empresa norteamericana que sólo vendía por Internet. Tenía el tamaño y la contundencia de una porra, siendo resistente a todo tipo de golpes y capaz de funcionar bajo el agua. Montaba un par de focos de gas xenón de ciento cincuenta lúmenes que hacían que se hiciera de día por donde quiera que enfocaras con ellos. El lote incluía una alargada apertura lateral en el mango que se había forrado en plástico antichoques para dejar pasar la luz del potente tubo de neón que había en el interior del utensilio, de modo que podías obtener luz

de ambiente en lugar de un enfoque direccional si lo precisabas.

La *finisterre* era la mejor linterna que jamás se haya construido. El mayor devorador de baterías que conozco. Una bestia capaz de vomitar un chorro de luz a más de cien metros. Y un arma, en realidad: bastaba una ráfaga de aquel trasto directa a los ojos desde una distancia corta para cegar completamente a un hombre adulto. Y con un fogonazo en modo bengala podías marcar tu posición desde más de tres kilómetros de distancia.

Su tacto transmitía seguridad y calor a partes iguales. Me armó de valor. Corrí hacia el lugar donde había desaparecido el niño, dispuesto a dar con él.

—¡Chico! ¡Chaval! ¡Eh, niño, no corras, es peligroso! ¡Niñoooo!

No había ni rastro de él. No encontré restos de huellas en el camino. Enfoqué hacia las oliveras entre las que había desaparecido, buscando establecer contacto visual con la ropa blanca que llevaba el chaval. Y nada. Negrura absoluta. La oscuridad que se cernía como un manto sobre aquel lugar parecía haberse tragado al visitante. Dejar de enfocar al frente durante un solo instante era como quedarse ciego. Como mirar en un pozo.

Puse la *finisterre* en modo antorcha, una función que ajustaba el foco, concentrando el haz de luz para hacerlo más eficiente en las distancias cortas. Buscaba algún rastro que me permitiera recuperar la pista del joven intruso. Encontré varias matas aplastadas entre dos olivos y me decidí a adentrarme en el olivar, llevando la persecución fuera del camino.

Debí de correr un par de cientos de metros, a lo largo de los cuales ya no volví a entablar contacto alguno con nada que me permitiera recuperar el rastro del niño. No obstante, seguí avanzando. Dejé atrás las oliveras y me metí en

un terreno sin árboles, pero lleno de matorrales medio muertos. Me vi enseguida rodeada de matas secas de color marrón claro que alzaban más de un metro del suelo.

En ese momento comprendí que ya no iba a poder encontrar al chaval: la maleza debía ser más alta que él. Dejé de dar voces y tuve que retroceder, buscando recuperar mi posición de guardia.

La linterna enfocaba la maleza desigualada, haciendo que proyectara sombras torcidas que se movían a mi paso mientras yo intentaba encontrar el camino de vuelta hacia la cañada. Me desorienté por un instante. Debí de dar un par de vueltas sin atinar a volverme sobre mis pasos.

Oí de repente un chasquido entre los matorrales tras de mí. Me volví rápidamente.

—¿Chico?

Algo moviéndose con soltura en la oscuridad. Un leve chillido y la silueta fugaz de una rata de color oscuro, endiabladamente enorme. Grande como un gato. Rápida como un galgo, huyendo del foco de luz.

Oí otro chasquido, esta vez a mi derecha. Varias matas se movieron y se quebraron. Primero a mi derecha y luego enfrente de mí. Se oyó un fuerte siseo, de nuevo a mi espalda. Me quedé paralizada en la espesura de la maleza. No pude ver a ningún otro animal, pero supe por su forma de moverse que se trataba de un segundo ejemplar, de maneras similares al anterior. Dos ratas. A cual más grande. Parapetadas tras los matojos.

Y tres. Y media docena de matas bailando salvajemente a mi alrededor. Las ratas parecían tomar posiciones, moviéndose de forma coordinada. Empecé a marchar hacia los olivos, corriendo a toda velocidad, sintiéndome perseguida por aquellas horribles bestias.

Me detuve cuando me cerró el paso un estirado ma-

torral gris que se agitaba violentamente. Sin dudar, puse la linterna en modo antorcha y enfoqué a bocajarro a la mata con toda la potencia de aquel trasto. Dos ojos rojos reflejaron la luz de la *finisterre*, delatando la posición del roedor gigante, que no se movió. Eran ojos de cazador nocturno, grandes y brillantes como los de un gato, como dos tizones al rojo escondidos entre las ramas de la maleza. Una mirada clavándose en mí. Una que me hacía retroceder.

Inicié un barrido con la antorcha, moviendo el haz de luz lentamente y a mi alrededor, buscando un sitio por donde escapar. La lámpara fue progresivamente desvelando lo que se cernía sobre mí, descubriendo un silencioso complot a medida que la luz recorría las matas. Me vi completamente rodeada por medio centenar de puntos luminosos. Pares de centellas apuntando en mi dirección, devolviéndome la luz de mi linterna, observándome con sus ojos espejados. Había una miríada de ratas agazapadas entre la maleza, en la oscuridad, trazando un círculo perfecto y cerrado en torno a mi persona. Un cerco de caza.

Como una manada de hienas, las ratas se habían ido desplegando inteligentemente y en silencio alrededor de mí durante mi incursión en su territorio hasta rodearme sin que yo me percatara de nada. Tan sólo algún que otro sutil movimiento entre la maleza, tenues ruidillos y la bendita función de antorcha de aquella linterna me permitían saber de su existencia. Estaban todas y cada una de ellas inmóviles, acechando a poco más de un par de metros de distancia de mi alcance, haciéndome sentir clavada en el suelo como el punzón de un macabro compás que hubiera servido para trazar un círculo perfecto de ojos fosforescentes. Aquello era un asedio. Ni los buitres rodeaban tan bien a sus presas.

Encerrada, temí que saltaran de repente sobre mí. Me veía incapaz de dominar a una manada tan numerosa.

Me pregunté por un instante si esta era la suerte que había corrido mi compañero desaparecido: morir indefenso y devorado por una plaga de ratas gigantes. Tal vez él muriera sin ni siquiera saber qué fue lo que le sucedió.

Aterrorizada, di un paso adelante. No había traído más arma que el bastón reglamentario de los guardas de campo, que se había quedado junto al coche, y las esposas, y, por primera vez en casi tres años, deseé de repente tener conmigo el fusil de asalto de mis días en la infantería de marina. Di otro paso. Despacio. Muy despacio. Temiendo que se abalanzaran sobre mí ante cualquier movimiento brusco. Hubo algunos chillidos y suaves gruñidos. Un par de ojos rojos desviaron a un lado la mirada buscando encontrarse con otros dos, como si de un acto de comunicación se tratara.

Más chillidos, esta vez apenas audibles. Los animales frente a mí parecieron retroceder otro tanto, poco a poco, tanteándome, escrutándome. De nuevo intenté el avance, con suma cautela y sin dejar de blandir la luz a un lado y a otro.

La antorcha no parecía mantener a raya a aquellas bestias, que se movían sin abrir fisuras ni escampar en ningún momento, dejándome huir lentamente, manteniéndome rodeada en todo momento, moviendo el cerco con mis pisadas, guardando siempre la distancia justa conmigo. Siempre preparadas para saltar. Mirándome fijamente.

IV

CLASES DE RUGBY

—¿Y CUÁNTO RATO TARDÓ en personarse la Rural? —me preguntó Suso lanzándome aquel viejo balón de rugby.

—Se plantaron aquí mismo en cincuenta minutos. Un todo terreno de la Guardia Civil.

—Ya veo. ¿Hicieron alguna batida?

—Qué va —dije yo devolviendo el pase—. Se limitaron a confirmar por radio que no se hubiera denunciado la desaparición de un menor de aquellas características por la zona. Les hablé de mis intentos de localizar al chaval y se largaron mirándome como a una chiflada.

—Bueh, tal vez no tanto. Durante mi ronda de las siete he visto pasar a un helicóptero verde sobrevolando la zona. Parece ser que se han tomado tu denuncia más en serio de lo que te dijeron anoche.

—Vaya. Eso sí que no me lo esperaba —dije recibiendo un lanzamiento contundente—. La verdad es que me dio la impresión de que no me creyeron, o algo así.

—Pues a mí me da que te toman más en serio de lo que te crees. Saben que has servido en el ejército.

—Un día de estos voy a matar a los de la central de alarmas —dije realmente enfadada—. ¿La única cosa que se les ocurre decir en mi descargo es eso? ¿Es que voy a pasarme la vida entera viendo cómo sale a relucir mi pasado en la armada cada vez que alguien piensa que una mujer no debería de trabajar de vigilante de seguridad?

Estaba anocheciendo en la maldita finca rural que custodiábamos. Yo había venido a darle el relevo a Suso media hora antes de lo previsto, ya que no había podido pegar ojo en toda la tarde. Estaba inquieta por los acontecimientos de la noche anterior. Y tenía ganas de que aquel niño volviera a lanzarme alguna que otra mirada hambrienta.

Suso correteaba en la explanada que había entre el grupo electrógeno y el ariete de golpeo. Lucía modos de rugby universitario.

—Pues espera que te diga lo peor de todo: Claudio tiene un cabreo de cojones —dijo Suso haciendo ademán de bajar la voz, dando a entender que se trataba de una confidencia.

—¿Es porque abandoné mi posición?

—Pues no. Se dice por ahí que eso es algo habitual en ti —me respondió con una risotada—. El jefe está mosca porque es la segunda vez que su empresa avisa a la Guardia Civil de que hay un niño merodeando por la zona a altas horas de la madrugada. La vez pasada tuvo que dar parte el primer vigilante nocturno que se asignó a tu puesto.

—¿El que está de baja?

—Ahá.

—O sea, que no estoy loca.

—Pues no. Lo que estás es preocupando a la Guardia Rural. Empiezan a pensar que debe haber algún niño per-

dido por aquí. No te extrañe si se te presentan en la fábrica cualquier noche de estas por sorpresa...

Hice una mueca de indiferencia.

—Hum, ahora que lo pienso, eso sería todo un acto de diligencia por su parte —dijo Suso terminando la frase con esfuerzo a causa de un lanzamiento largo.

—Oye —pregunté—, ¿y tú tienes algún contacto con el vigilante que está de baja? ¿Su número de teléfono o dirección?

—Pues no. Para nada. Gómez y yo nunca hicimos migas.

—Menuda contrariedad —dije lanzando el cuero—. La verdad es que me gustaría hablar con él y averiguar si el niño que vio él y el que vi yo son la misma persona.

—¡Nos ha jodido! ¿Estás idiota, o algo? ¿Es que hay alguna maldita guardería por aquí? —me dijo Suso en tono de cachondeo—. Pues claro que es el mismo chaval. Sólo nos faltaría que hubieran dos docenas de churumbeles rondando por este sitio todas las noches.

—Pero es que esto no es normal. Como poco, ese niño tuvo que andar desde el pueblo hasta aquí. A paso de enano eso es una excursión nocturna de cinco horas en plena oscuridad, incluyendo dos kilómetros de carretera nacional. Lo que prueba que es casi imposible que viniera él solo desde el pueblo. Y no hay ninguna masía ni casa rural por aquí.

—¿Cómo estás tan segura de eso? ¿No podría ser el hijo de algún campesino de la zona? —me espetó él con un amago de tiro largo sucedido de un rápido pase en corto—. Yo he visto un par de alquerías en las fincas que hay antes del desvío.

—Yo también me he fijado en ellas conduciendo hoy hasta aquí —respondí jadeando—. Están en ruinas, deshabitadas y a una distancia considerable. Descartado.

—Pues vale, Sherlock. Pídele a central el teléfono del guarda de campo que ha enfermado y pregúntale. Con suerte conseguirás que Claudio se empiece a preocupar del todo. O igual va y resulta que consigues una cita —puso una mueca traviesa.

Detuve un momento el juego para atarme los cordones de las botas. Suso le dio un trago a una botella de bebida isotónica. Ya casi era la hora.

—¿Podrías pedirlo tú? —dije en tono de súplica mientras él hacía estiramientos—. Creo que ya les he molestado bastante, y la verdad es que ni siquiera conozco a ese compañero. Sólo quiero oír su versión de los hechos y contrastarla con la mía... es lo menos que puedo hacer después de haber espantado al chico a base de darle el alto como una novata.

Suso dejó el balón en el suelo y se acercó a mi coche poniendo cara de estar perdiendo la paciencia y sudando como un pollo. Cogió el micrófono de la emisora y habló.

—Central, aquí Nariz Rota. Cambio.

—Nariz Rota, adelante.

—Mi relevo ha llegado. Me retiro —dijo Suso en un forzado tono alegre.

—Vale. Reportado. Cambio.

—Andrés, una pregunta.

—A ver —dijo la radio tras un breve silencio que hacía pensar que aquello tal vez no fuera buena idea.

—¿Central tiene noticias acerca del guardia que empezó con el turno de noche de esta operación?

—Nariz Rota, ese hombre está de baja. Tiene para largo. Cambio.

—¿Pero podríamos hablar con él? —dijo Suso incluyendo estratégicamente el concepto de *nosotros* en el asunto—. ¿Hay algún teléfono de contacto? Cambio.

—Pues sí. Pero no servirá de mucho. Gómez está in-

gresado. Él es de Castellón y lo han ingresado en un hospital de Bétera, en Valencia. No se puede hablar con él.

—Joder, Bétera, qué lejos que le han enviado. ¿Tan grave es? —preguntó mi compañero mirándome con cara de extrañeza.

—Nariz Rota, no sabemos nada.

—Ya veo. ¿Y su teléfono particular lo tienes?

Andrés nos facilitó el número del teléfono móvil del guarda enfermo. Yo lo anoté en un *ticket* de gasolina que tenía en la guantera del coche.

—Gracias, Suso —dije apuntando el número.

—De nada. Sólo espero que eso haga que te tranquilices un poco. Te veo muy alterada, nena. Tú piensa que sólo es un niño perdido —contestó él saliendo del coche y cogiendo de nuevo el balón—. No muerden.

—No es por el niño. Es este sitio. Es el silencio sepulcral que se hace por la noche. Son las ratas —dije haciéndole una señal para que me lanzara el cuero—. Esas sí que muerden.

—Otra vez eso.

—Maldita sea, lo de las ratas sí que me extrañó. Temí por mi vida —le dije encajando el balón.

—Pues no tiene nada de especial. ¿Es que no te acuerdas ya de lo que estudiaste durante el cursillo de agente de campo?

Suso aprovechó su formación como biólogo y su reciente cursillo de guarda de campo para aleccionarme. Empecé a notar que era un tipo insultantemente listo. Y que intentaba impresionarme, entre el rugby y la zoología.

—De normal, los roedores son territoriales y solitarios. Cada uno es amo y señor de su territorio y no tolera la presencia próxima de sus semejantes si no es durante los procesos reproductivos. Esto lo sabe cualquier persona que haya tenido un hámster.

—Cualquier parecido entre un hámster y los monstruos que hay en este sitio es pura coincidencia —respondí a la defensiva y recibiendo un pase largo.

—Algunos de los roedores más grandes —dijo él con condescendencia—, los omnívoros, son animales casi gregarios, depredadores sociales. Se organizan en manadas que se constituyen en una jerarquía piramidal —me lanzó de nuevo el balón, esta vez en parábola—. Aunque no es normal que cacen y menos que cerquen presas grandes, pueden llegar a hacerlo si están extremadamente hambrientos o si se sienten amenazados. No son lobos, pero...

Me encogí de hombros. Me daba igual toda aquella teoría.

—Y lo de cercar a sus víctimas —prosiguió él con la lección tras un incómodo silencio— no es patrimonio exclusivo del ejército —carraspeó como reprendiéndome—: todos los animales cazadores lo hacen, más o menos.

—¿Y esos ojos tan brillantes?

—Pues lo mismo que los gatos, zopenca. Lo que te preocupa tanto se llama *tapetum lucidumque*, y es una cosa tan sencilla como un tejido altamente reflectante situado tras la retina que les permite a los cazadores nocturnos aprovechar hasta el más ínfimo haz de luz para moverse en la oscuridad: sus ojos iluminan todo lo que miran. Impresiona, ¿eh?

—No lo entiendes. Tendrías que haberlo visto, es...

—Es la naturaleza en acción. Y tú que te has sacado la licencia de guarda de campo y todavía no la has estrenado —dijo Suso recibiendo a plena carrera.

—¡Pero es que las ratas que hay en este erial se mueven como un comando! Parecían coordinarse como si no fuera la primera vez que cazaban a alguien —le dije mientras él aceleraba para lanzarme un balón envenenado, furioso. Cierra el pico, me dijo el balón.

—Es que probablemente no lo era, so panoli. Esos bichos, y más si son tan grandes como dices, igual va y comen liebre todas las noches. Se buscan la vida como buenamente pueden desde que nacen hasta que se mueren. Algunas veces hasta se cazan entre ellas. Los roedores es que son lo peor. Hay algunas especies caníbales y todo.

—Entrañable. Imagina lo que pueden hacer contigo.

—Pues nada. La verdad es que no son especies que estén hechas para cazar. Y menos para darle caza a cosas tan grandes como tú, de ahí que no te atacaran —dijo él, cogiéndose las rodillas con las manos para descansar mientras yo caminaba yendo a recoger el balón después de una mala recepción—. Los mamíferos miden a sus presas por su talla, por el alzado que tienen desde el suelo. Con lo que tenemos que una rata no es rival para ti. Así que no tienes de qué preocuparte.

—Pues vale.

—Te imagino irrumpiendo en su territorio a toda velocidad y dando voces y aspavientos —dijo burlándose de mí—, como un elefante en una cacharrería. Algo así puede asustar mucho a una manada de animales que no está acostumbrada a la presencia de humanos. Es normal que reaccionaran rodeándote.

—Susos, que eran grandes como un gato castrado. Y yo también he visto ratas antes. En Irak. Y no eran como estas. Estas hacen parecer ratoncillos a las ratas de Oriente Medio.

—Ya será menos —rió él, respirando con dificultad—. No te creo ni aunque me traigas una. Tú viste una rata gorda y ahora estás dramatizando.

—Que no. Te lo aseguro. Demonios, si es que hasta me he traído el rifle de reglamento por si me encuentro con alguna. Esas cosas son enormes. Tú es que no las has visto...

—Alicia, que una rata de montaña no pesa ni dos kilos —me interrumpió él, cansado de la conversación—. He visto muchas más que tú. Me he pasado varios semestres torturándolas y sacándolas de minúsculas jaulas para inyectarles de todo y luego volverlas a encerrar. Ya te digo, una rata de campo gorda es kilo y medio.

—Pues las que hay ahí detrás hacen más del doble.

—Oh, vale, nena. Entonces, ¿seguro que eran ratas? ¿Las viste bien?

Se me erizó el vello de la espalda. Me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano. Iba a ser otra noche larga.

V

PISADAS A LA CARRERA

ACABABA DE PASAR LA RONDA de las once y estaba intentando imponerme a uno de aquellos demenciales sudokus electrónicos que venían con mi teléfono móvil cuando me sorprendió el sonido de un motor turbodiesel aproximándose. No podía ser Claudio, así que tuve que mover pieza. Enfoqué con la *finisterre* y las luces del coche se cruzaron con las mías.

Ambos nos vimos obligados a poner las cortas. Es lo que tiene el xenón.

Era el todoterreno del grupo rural de seguridad que la Guardia Civil tenía asignado a nuestra demarcación. Me relajé. Suso me había hablado de ellos y de su Land Cruiser, aunque yo no los conocía. Aparcaron a pocos metros de distancia del vehículo de la empresa con el que yo había llegado a la finca y salieron del coche caminando hacia el peñasco donde me encontraba.

—Buenas noches, sargento —le dije al mayor mirán-

dolo con detenimiento al reconocer las tres barras horizontales en su uniforme.

—Buenas noches, cabo primero —me dijo él mirándome con detenimiento y escaneando despacio la masa muscular que había debajo del mío.

Ya estábamos. Mi fama me precedía. Seguro que hasta le habían echado un vistazo a mi hoja de servicio. Volví a maldecir la hora en la que me alisté. Me preparé para lo peor.

—¿Cómo va la noche? —me preguntó el más joven de los dos, apenas un muchacho de menos de treinta años. Pude distinguir a la luz del farol que tenía media docena de heriditas de afeitado desplegadas por toda la mejilla derecha.

—Sin novedad. Me he incorporado al servicio hace una hora y, de momento, todo está tranquilo por aquí —dije tratando de sonreír.

—Eso sí que es una novedad —soltó el sargento—. De normal, esta finca es un no parar.

—Eso me temo. Esta es mi segunda noche en este sitio y ya es la segunda vez que la Benemérita y yo entramos en contacto.

—Y no será la última —me respondió—. Tu aviso de ayer nos la trae al fresco. A nosotros lo que nos preocupa es que hay un compañero tuyo desaparecido y todavía no tenemos noticias de él.

—Claaaaaro. Por eso han venido ustedes a las once de la noche —respondí de rebote.

—Lo del niño que merodea por aquí —dijo el más joven consultando un bloc de notas electrónico— lo hemos tratado y descartado desde ya hace un par de semanas, cuando la guardia de noche la cubría el guarda de campo José Luís Gómez. Creemos que se trata del hijo de un agricultor de la zona...

—A todo esto, ¿qué se sabe de José Luís? —cortó su superior.

—Gómez estará de baja durante meses —dije.

—Vaya, ¿y eso?

—No lo sé —les respondí—. Sólo sé que lo han ingresado en un hospital. Debe de ser algo de cierta gravedad porque lo han sacado de la provincia.

—Joder. ¿Está en La Fe, o algo así?

—Pues no. En Bétera.

—Pues dile que se mejore —dijo el sargento dando la conversación por concluida—. Nosotros vamos a estar de patrulla por la zona esta noche. Si vuelve a pasar algo raro, díles a los de la central de alarmas que llamen directamente a la Rural. Será más rápido.

—Muy bien.

—Muchacha —me acercó su sucio bigote bajando la voz mientras miraba como su joven compañero daba parte por radio—, es evidente que algo raro está pasando por aquí, y la cosa ya va desde hace unos cuantos años. No tenemos ni idea de lo que es y con la historia que tiene esta finca tal vez sea mejor así —hizo una pausa para encenderse un cigarro negro—. Así que si ves algo que no te guste tú dedícate a escaquearte, que es lo que se te da mejor, ya sea estando de guardia o estando de retén —me lanzó el humo a la cara con desprecio—. Vamos, que no te metas en líos si no quieres que la semana que viene te tengan que reemplazar.

—Sargento, no entiendo lo que me dice —contesté visiblemente molesta.

—Rubia, parece que hay más de siete pozos distribuidos por esta finca. Y, a juzgar por lo que nos dijo Gómez, tal vez un sistema de túneles que los interconecta de algún modo. Probablemente sean las típicas canalizaciones obradas en la montaña hace más de cien años para trans-

portar el agua a través de este valle... o puede que sean fosas fluviales subterráneas de algún afluente muerto del Cérvol, del Surrac, o del río seco de por aquí. Lo que es seguro es que de algún sitio salen las ratas gigantes de las que se han ido quejando los propietarios de las fincas de la zona.

No dije nada. Estaba demasiado dolida como para responder. Sabían hasta lo de aquella vez que me arrestaron por abandonar la garita estando de guardia. Y un detalle tan tonto como ese podía perjudicarle a mi carrera como vigilante si Claudio se enteraba. Aquel gato viejo sabía lo que se hacía, me tenía bien cogida por el cuello.

—Tú sólo ten cuidado, bonita. Ya te puedes ir imaginando qué es lo que le ha pasado al vigilante que desapareció el lunes. Nosotros vamos a pegar otro vistazo por los pozos y los respiraderos de los alrededores y, si no encontramos nada, la próxima visita a este sitio la haremos con un espeleólogo. Y con un forense.

Apreté los dientes. Aquel sargento tenía una bonita nariz. Ojalá hubiera podido enderezársela.

—Y no te me hagas daño —dijo poniendo la mano sobre su arma y mirando la mía—. Y haz el favor de hacerte una coleta, cabo primero.

Y se marcharon. Dejándome con el estómago revuelto y los puños bien prietos. La noche seguía y yo ya estaba muy alterada.

A las dos y media de la noche, treinta minutos antes de mi ronda de las tres, fue enmudeciendo el bosque, otra vez. Las aves y los insectos de la montaña se callaron poco a poco y yo empecé a experimentar un desagradable estado de ansiedad. Echaba de menos el canto del búho. Oía el zumbido de mis oídos. Mi tos retumbaba como un trueno. Me hice una coleta y el solo ruido de mis cabellos al mover-

se y anudarse me pareció un escándalo. Era insoportable. Antinatural.

Me puse tan nerviosa que decidí adelantar unos minutos la ronda para ver si el paseo por la finca me tranquilizaba un poco. Había oído relatos terribles acerca de cómo enmudecen súbitamente los animales del bosque, escondiéndose cuando se acercan sus depredadores naturales, y me sentía como si todo aquel silencio fuera el presagio de que había alguna cosa que se acercaba hacia mi posición. Daban ganas de huir.

Cogí la *finisterre* y la puse en modo bengala, empezando la ronda con un barrido en derredor mío. Enfoqué hacia la fábrica, después en la dirección del *bulldozer*, la excavadora, el grupo electrógeno... todo parecía en orden. Luego me preparé para empezar a andar, así que bajé la luz verdosa del farol de posición al modo de ahorro de energía, lo que hacía que su halo quedara reducido a su mínima expresión. Aquel trasto me iba a servir para orientarme en medio de aquella oscuridad tan densa, pasando a iluminar tan sólo unos pocos metros a su alrededor, marcando así la posición del punto de descanso.

Comencé atravesando la finca hasta la entrada, donde se encontraba el grupo electrógeno. Iba siempre caminando a paso tranquilo, moviendo la linterna a un lado y a otro, mirándolo todo. Tras subir toda la cuesta, rodeé la vieja máquina y volví por donde había venido. Bajé toda la cañada, eché un vistazo a la excavadora y me dirigí derecha hacia la vieja fábrica.

Antes de abrir las pesadas puertas de hierro había que rodear el edificio, asegurándolo perimetralmente, así que me puse a caminar a lo largo de su fachada norte, donde estaba la puerta. Llegué a su final y giré en redondo, situándome siempre con la nave industrial a mi derecha y caminando a lo largo de su alargada pared lateral.

Giré entonces el final de aquel horrible muro negro para recorrer su pared trasera cuando me fui a dar de narices con el niño que había visto la noche anterior.

Estaba como esperándome, de pie junto al chaflán de la pared que yo estaba recorriendo. Era como si se hubiera apostado justo al girar el recodo para que nos encontráramos violentamente. Tenía las manos cruzadas a la espalda, como si escondiera algo de mi vista y me miraba fijamente a los ojos, con una misteriosa sonrisa.

Sus ojos eran los más grises que nunca haya visto. Y eran grandes, como platos. Tenía la tez pálida y estaba vestido con ropa de verano totalmente pasada de moda. Su pelo negro azabache asomaba liso bajo una gorra de tela de pana, con visera, muy anticuada, obsoleta. Y sus pestañas eran interminables.

—¡Dios santo, qué susto me has dado! —grité sobresaltada.

Él no dijo nada, parecía como si se quisiera ahorrar las obviedades. Siguió mirándome fijamente, sin moverse lo más mínimo. Yo me arrodillé frente a él y le sonreí levemente, como respondiendo a su interés por mí.

—Niño, no puedes estar aquí. ¿Qué haces por este sitio?

—Yo siempre estoy aquí —dijo hablando con una voz muy suave.

—Entonces vives por aquí cerca.

Él asintió.

—¿Dónde vives exactamente? —le pregunté.

—¿Y tú?

—Yo soy de la ciudad —dije—. Vigilo este sitio.

—¿Por qué?

—Porque ese es mi trabajo. Soy vigilante nocturno.

—Ah —el pobre crío parecía no haber entendido absolutamente nada.

—¿Cómo te llamas, chiquitín?

—Bakunin —dijo, hablando siempre con aquella voz tan leve.

—Bakunin —respondí con media sonrisa.

Él no dijo nada. Me miraba con curiosidad, como si hiciera mucho tiempo que no hablara con nadie. Yo parecía fascinarle, o algo así.

—Que te llamas Bakunin —dije entre divertida y perpleja—. Dices.

—Sí. Es un nombre revolucionario —dijo pronunciando con énfasis y carrerilla la última palabra.

—¡Oh! ¡Vaya! —reí pensando que el chaval estaría dándose a algún tipo de juego.

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Alicia —le dije—. Me llamo Alicia Ordóñez —le miré con firmeza entonces—. Oye... Bakunin. Que tienes que venirte conmigo. Es peligroso que te quedes por aquí. Está tan endiabladamente oscuro que ni siquiera comprendo cómo haces para orientarte, y hace demasiado frío para ir vestido así. Además, este sitio está lleno de alimañas y no es seguro para un niño de tu edad. Tengo que hacer que vengan tus padres. ¿Lo comprendes?

—Sí. Claro que sí.

—Pues venga. Dame la mano y vámonos —le extendí la mano amistosamente.

—No. Yo me quedo aquí. Yo no puedo irme. Te espero en este sitio.

—Está bien —dije en tono condescendiente—. Pero no te muevas. Vuelvo enseguida.

Me di la vuelta y me volví sobre mis pasos, en dirección hacia la emisora del coche. Tenía que dar parte de que se había producido una intrusión. Con suerte la Rural se personaría enseguida en la finca y podríamos zanjar aquella incómoda situación. Y, ya puestos, pedirles a los padres

del chaval que lo ataran en corto. Aquel no era ni el lugar ni el momento para jugar.

En cuanto giré la esquina y comencé a andar pude oír claramente a Bakunin profiriendo una risita traviesa. También se escuchó el inconfundible sonido del pisoteo de los pies de un niño alejándose a la carrera.

¡Me había tomado el pelo!

Volví a girarme en redondo, dispuesta a darle alcance a aquel niño endemoniado. Fue girar la esquina, enfocar con la linterna el largo de la pared sur y finalizar la persecución. El chaval había vuelto a desaparecer.

No podía moverse tan rápido. Un niño de tan corta edad tenía que ser incapaz de recorrer toda la parte trasera del edificio y torcer el chaflán opuesto para darme el esquinazo en tan poco tiempo, así que se había vuelto a internar en la espesura de la vegetación de aquella finca con tal de esquivarme. Concretamente, esta vez se había metido entre una arboleda de carrascas y algarrobos... o por lo menos esa era la única explicación que se me ocurrió.

Así que me interné un poco por el bosquezuelo, dando voces y barridos de linterna, pero Bakunin no apareció. No había ni rastro de él. Ni pisadas ni evidencias de que hubiera huido en una u otra dirección. Terminé por volver junto al edificio, tenía que descartar aquella vía de huida.

Miré a un lado y a otro, miré por todas partes, intentando encontrar alguna explicación a todo aquello. Pero no podía comprender qué era lo que estaba pasando. Y Bakunin seguía sin aparecer.

Finalmente, pude oír de nuevo las pisadas del pequeño, a la carrera. Esta vez sonando claramente sobre las tejas de gres de la fábrica.

De algún modo que yo no alcanzaba a comprender, el niño parecía habérselas ingeniado para encaramarse hasta lo alto del edificio, que levantaba entre cinco y seis me-

tros del suelo gracias a sus fachadas lisas. Era espantoso constatar que no había, al menos en apariencia, forma humana de escalar tan rápidamente un trecho como aquel. Y menos para un chaval de tan corta edad.

Traté de ganar distancia para restablecer el contacto visual con el intruso. Necesitaba confirmar mis sospechas, contemplar una evidencia que confirmara algo tan imposible como la presencia de Bakunin sobre el tejado del edificio.

Para ello tuve que alejarme de la fábrica lo suficiente como para divisar al completo el perfil de la parte superior de la nave. En cuanto interpuse una distancia de más de cien metros entre el edificio y mi persona, pude comprobar gracias al alcance de la linterna táctica que no había nadie en lo alto de la construcción.

Moví a diestro y siniestro el haz de luz, de un extremo a otro del edificio, y la jugada proyectó sombras que se movían con celeridad a ambos lados de la fábrica.

En medio de aquel caos, entre el festival de sombras, me pareció ver por un momento la silueta negra del niño descendiendo a toda velocidad por la larga fachada como quien corre por una superficie horizontal, desafiando a la ley de la gravedad al correr por las paredes con la misma soltura y naturalidad del que lo hace sobre el suelo.

No podía ser.

Definitivamente, aquel lugar estaba empezando a desquiciarme.

Apagué la linterna, sumergiéndome en aquella completa oscuridad. Cerré los ojos y apenas noté la diferencia. Quería desaparecer. Quería dejar de oír los latidos de mi corazón en las sienes. Y que me tragara la tierra.

Quería irme a casa. Tenía miedo.

VI

CARGAS FAMILIARES

—YA ES CASI VIERNES. Dentro de nada es fin de mes.

—Es cierto, Suso. Ya no falta nada —dije yo sorprendida a la vez que complacida.

«Fin de mes» era otra expresión habitual en la subcultura de la empresa. Era nuestro periodo de descanso durante las operaciones veinticuatro siete: dado que se trataba de no abandonar el puesto fácilmente, trabajábamos cinco semanas seguidas y luego descansábamos dos. Lo mismo que el resto de la humanidad hacía con la jornada laboral cada semana lo hacíamos nosotros cada mes, sólo que en lugar de trabajar de lunes a viernes, teníamos que trabajar de la semana uno a la semana cinco.

Las otras dos semanas de nuestra vida eran «fin de mes», nuestras vacaciones, el equivalente legal a un fin de semana. Eran vacaciones más que *periodos de descanso*, así que se trataba de catorce días seguidos. Catorce días que te permitían desconectar, algo importantísimo en los

vigilantes nocturnos, y que yo parecía necesitar urgentemente.

La cosa es que el convenio colectivo del sector de las empresas de seguridad recogía otro tipo de cronificación, con periodos de descanso semanales, pero la nuestra era una empresa *líder mundial* y se las había ingeniado, al menos a nivel provincial y que nosotros supiéramos, para pactar unas condiciones especiales con todos los trabajadores y los representantes sindicales. Nosotros no sabíamos hasta qué punto podía ser legal todo aquello, pero teníamos que aceptarlo ya que era lo mejor para los intereses de la empresa y puesto que nadie pagaba tan bien a los vigilantes como los jefes de Claudio. Así que trabajábamos durante treinta y cinco días seguidos y luego descansábamos catorce de un tirón, fin de mes, una política laboral que también tenía su encanto.

Durante fin de mes nuestro puesto lo cubrían otros compañeros de la empresa, los «doses». Trabajadores con menor rango, menos antigüedad, formación, edad, sueldo o reputación. Vigilantes de segunda, los «doses».

Caí de repente en la cuenta de que Suso era la clase de tipo al que la empresa ponía de «dos» en las misiones como esta.

—¿Tú no tendrías que ser un dos? —le pregunté a Suso con una sonrisilla cruel—. Tienes veintipocos años, llevas dos meses en la empresa...

—Tengo licencia de guarda de campo y de guardaespaldas aparte de la de vigilante de seguridad —me contestó él a toda velocidad. Tenía ganas de marcar.

—Impresionante —fingí yo mirando alrededor de nosotros—. Oye, y ¿tú dónde te cambias?

De conformidad con el reglamento, tenías que cambiarte antes de tomar el relevo. No se está de servicio vestida de paisano. Sobre todo si eres una chica.

Yo llevaba colgada a la espalda mi habitual bolsa de deporte, en la que guardaba cuidadosamente las armas y los utensilios que me asignaban en dotación para las rondas y la guardia. Aquel día yo venía de patearme el centro de la ciudad arriba y abajo, y, tratando de ganar algo de tiempo, había metido mi uniforme también dentro de la bolsa, con la idea de cambiarme en el último momento.

Generalmente, el vigilante saliente me veía salir del coche ya uniformada. Aquel anochecer no. Yo había estado de compras y tomando café con las amigas. Me había puesto guapa y se me había hecho tarde, así que me planté delante de Suso embutida en un coqueto traje semi-transparente. El atuendo —y la mala idea de presentarme con tan poca ropa ante la brisa de la montaña, que me había erizado los pezones— tuvo un curioso resultado en la forma en que me miraba Suso. Decididamente, mi compañero parecía estar interesado en mis huesos. Interesante.

—Me suelo cambiar dentro de la fábrica —me dijo Suso mirando el tatuaje en la piel de mi brazo derecho. ¿O tal vez miraba los músculos debajo de ella? En cualquier caso, parecía gustarle, a juzgar por su cara de bobo.

—Vuelvo enseguida y te tomo el relevo rapidito —le dije desapareciendo de su vista.

Entré en la fábrica y me cambié en un santiamén, azorada... Fuah, Alicia, que todavía triunfas, pensé al colgarme las esposas del cinturón.

Aquel jovenzuelo sólo me interesaba porque prometía algo de diversión, pero eso era todo. Estaba empezando a plantearme la posibilidad de cepillármelo el día menos pensado. El problema luego iba a ser tener que encontrármelo por la empresa cada dos por tres, vacilándoles a los compañeros acerca de todo lo que me había hecho en la primera noche. Supongo que si no hubiera sido por eso ya

me habría pasado por la piedra al pobre Suso. Me gustan jovencitos, mala cosa.

—¿Qué haces este fin de mes? —me preguntó Suso sacando aquel viejo balón de rugby de su coche en cuanto me vio saliendo del edificio.

—¿Me estas pidiendo una cita o algo? —respondía yo, puñetera; ya uniformada y lista para informar por radio del relevo.

—Algo.

—Adivina quién podría ser casi tu madre —dije recibiendo un pase corto que me había lanzado él entre las piernas.

—Casi.

—Suso... Generalmente, a los tíos les doy miedo —y lancé.

—Vale.

—Deja de contestarme con monosílabos.

—Son bisílabos.

—Pues eso.

—Entonces, ¿me invitas a hacer cosas de mayores o no? —insistió él, tan constante y lanzando de nuevo.

Yo le solté una sonora carcajada, dejando caer el balón sin molestarme en intentar recibir el pase. Tomarse aquello a broma era hacerle creer al chaval que no tenía nada que hacer, que sus pretensiones me causaban risa. Tenía ganas de jugar al gato y al ratón. Tal vez eso me disipara las dudas acerca de si Suso era la clase de individuo al que te puedes llevar a la cama o no.

—Por cierto, que anoche estuve hablando con el niño que merodea por aquí de madrugada —le dije.

—¿Y es de La Jana o de Cervera del Maestre? —respondió él, indiferente.

—No tengo ni idea. Tal vez no sea de ninguno de los pueblos de al lado: el acento de su valenciano se me hace

un poco raro. Lo único que sé de él es que dice que se llama Bakunin —dije pasando el balón de nuevo.

—Bakunin.

—Pues eso.

—Tócate los cojones —me lanzó un pase bajo.

—Ya. Ya sé. Eso no es un nombre. El chaval estaría jugando.

—Bakunin es un apellido soviético, supongo.

—Sí, eso es... ¿Bakunin no es el padre del anarquismo? —dije yo intentando recordar. Recibí el balón. Lo cogí con ambas manos, apretándolo con fuerza. Suso también rebuscaba entre sus recuerdos. Al final lo dijo.

—Mijail Bakunin, sí —se mesaba aquella perilla de cabra—. Ideólogo del pensamiento anarquista.

—Hum. El chaval me dijo que era un nombre revolucionario —dije yo como escupiendo la última palabra—. Tal vez tengas razón —le dije clavando el balón ovalado en el suelo. Me disponía a efectuar un saque de patada.

—No sé, nena. Pero tengo entendido que los fanáticos de extrema izquierda de los tiempos de la república les ponían nombres revolucionarios —respondió él también apuntillando la palabra clave— a los niños que nacieron durante los años difíciles de antes y durante la guerra civil.

—Pero Bakunin es un apellido —dije. Y, tomando carrerilla, le asesté una patada al cuero y lo lancé bien lejos.

Suso corrió desesperadamente en un intento vano por atrapar el balón, que se me había ido mucho más lejos de lo admisible dada la distancia que nos separaba. La cosa terminó con mi compañero rodando por los suelos y yo soltando una carcajada por todo lo alto.

Me acerqué a Suso, que intentaba sacudirse el polvo y las manchas de tierra negra del uniforme.

—El problema —dijo él sacudiéndose el pantalón a manotazos— es que, en términos generales, aquella gente

era muy analfabeta. Los obreros de la época apenas habían sido escolarizados y nada sabían de los modos y costumbres soviéticas. Hubo toda una hornada de niños con nombres como Stalin o Lenin. Y eso también son apellidos rusos.

—¿Y qué pasó con todos esos chavales? —pregunté intentando averiguar si Bakunin podía ser el nombre de un niño nacido a finales de los noventa.

—Varios miles fueron evacuados al extranjero. Muchos a la extinta Unión Soviética, y otros a países como Bélgica o Francia. Los que no fueron evacuados probablemente correrían muy mala suerte. Un niño con un nombre como ese no podía sobrevivir en la España dictatorial que se avecinaba.

—Y tú, ¿cómo sabes todo eso?

—Porque mi tío abuelo fue un combatiente miliciano. Evacuó a sus hijos a Francia y ahora va y resulta que tengo familia allí. Visito a mis tíos gabachos todos los veranos. Órdenes de mi padre —dijo él con mala uva.

—Ya veo —dije—. Supongo que todo eso deja bien claro que el nombre del chaval no puede ser ese... Cuando le coja se va a enterar. Y cantará todo lo que sepa, empezando por su nombre de pila.

—¿Te volvió a dar esquinazo? —me preguntó él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues sí. Maldito granuja —dije chasqueando la lengua, contrariada.

—Vaya. Parece que aquí no pasa una noche contigo sin que recibas alguna visita.

—Pues espera a que te cuente el resto. También vino la Guardia Civil.

—¿El sargento del bigote rubio canoso y un chaval más joven que yo? —me preguntó Suso con una sonrisa divertida.

—Sí, supongo que eran ellos. Menudo desaprensivo el sargento, ¿eh?

—No sé. Yo es que apenas hablo con ellos —lanzó de nuevo el balón.

—Pues yo tampoco es que cruzara una larga charla —le respondí cazando el cuero al vuelo—. Eso sí, me dijeron que la finca esta tiene una mala historia.

—Supongo que se referían a lo mal que está yendo la operación de vigilancia que nos han encomendado, con tanta denuncia de intrusión del tal Bakunin y con dos vigilantes nocturnos fuera de servicio.

—Pues la verdad es que no es esa la impresión que me dio. El sargento parecía referirse a otra cosa. A algo más antiguo, a algo que hay en la finca. Dijo que algo raro estaba sucediendo y que yo corría peligro. Demonios, si hasta me recomendó que abandonara mi puesto si no quería terminar como mis otros compañeros.

—Joder. Qué fuerte. ¿Te dijo eso un guardia civil? ¡Increíble! —me dijo haciéndome una nerviosa señal para que lanzara.

—Dan ganas de explicárselo a Claudio. ¿Y si le pedimos una bonificación por estos antecedentes? —lancé.

—Nah, imposible. En la reunión de grupo ya se nos dijo que el presupuesto para la operación estaba cerrado y liquidado —encajó y lanzó de nuevo en un solo movimiento, sin apenas retener el balón—. Y también estuve hablando de dinero con la central el día después de que desapareciera tu predecesor y... —de repente su rostro se ensombreció.

—A todo esto... Alicia, ¿tú tienes familia? —me preguntó a bocajarro.

—Pues mira, la verdad es que no. Soy hija única y mis padres ya murieron. Estoy más sola que la una. Me acabo de divorciar —por fin se lo había dicho, me había estado

muriendo de ganas de hacerlo— y no tengo críos. Maldita sea, si es que hasta he ido perdiendo el contacto con mis tíos de Cataluña. La verdad es que, a efectos prácticos, todo cuanto tengo es un gato con muy mala uva y una tonelada de amigas. Familia no.

—Hostias. Esto no puede ser. ¡Qué mal!

—¿Lo qué?

—Acabo de caer en la cuenta de ello... el día en que nos conocimos se me avisó por radio de tu llegada —él de tuvo el juego de repente, apretando fuertemente el balón con sus dedos y frunciendo el entrecejo. Mostraba un gesto que estaba a medio caballo entre la preocupación y el esfuerzo propio del que trata de recordar un detalle nimio—. Andrés, el operador de la central de alarmas, me dijo que venía a darme el relevo una rubia cachas de metro ochenta —calló de repente.

—¿Y?

—Primero le pedí referencias tuyas. Le pregunté si había trabajado antes contigo y me dijo que eras una vigilante excelente. Entonces le solicité información personal. Le pregunté si estabas buena y si eras accesible por aquello de que me aburro en este empleo y por aquello de que me ponen las mujeres de uniforme —me dijo sin sonreír ni ruborizarse, como si lo que me iba a decir a continuación fuera algo demasiado serio como para adornarlo con un gesto de picardía.

Levanté mis cejas. No comprendía adónde iba a parar todo aquello.

—Él me habló un rato de ti, me dio alguna información personal —siguió diciendo, muy serio—. Y me dijo de repente que Claudio le había llamado hacía un par de horas para preguntarle también por ti. Se ve que estaba harto de responder a preguntas raras sobre la chica nueva.

—¿Que Claudio llamando a Andrés para pedir refe-

rencias más? ¡Pero si Claudio me pide una copia actualizada de mi currículum cada doce meses!

—Lo que Claudio le pidió a Andrés sobre ti también era información personal, nena —respondió él con el semblante muy serio.

—Personal —dije en tono de mofa—. Imposible. Claudio está casado con una señora llena de curvas y yo tengo un cero por ciento de grasa corporal. Creo que le dan asco las mujeres como yo... ¡Me estás hablando de un tipo que lleva dirigiendo mi trabajo desde hace dos años y todavía me mira con repelús! ¡Seguro que hasta se cree que soy lesbiana o algo así!

—¡No es eso, idiota! Claudio lo que quería era asegurarse de que no tenías familia. Le dijo a Andrés que para tu demarcación hacía falta alguien que no tuviera —levantó los dedos de las manos, haciendo el gesto de unas comillas para indicar que las palabras que venían entonces eran literales— cargas ni responsabilidades familiares.

Me quedé callada, confundida. Un escalofrío se instaló de repente en mi espina dorsal. Aquello no era normal. La última vez que alguien se había interesado de aquella manera por mi entorno familiar fue justo antes de ponerme en la lista de los ciento cincuenta infantes de marina del Tercio de Armada que España envió a Um Qasar, Irak.

¿En qué demonios me había metido?

—Nos sonó raro —dijo Suso—. Muy raro.

VII

COSAS TERRIBLES

UNO DE LOS MOMENTOS más interesantes de la ronda era la patrulla en el interior del edificio. Era la tenebrosa ronda de las tres de la noche de mi tercera noche en aquel sitio cuando, en un intento por tranquilizarme y sobreponerme a aquel escandaloso silencio, me planté delante de los portones de acero pesado de la entrada de la fábrica de alpargatas con mi copia de la llave en la mano. Estaba dispuesta a curiosear con detalle en el interior de aquella nave de piedra pintada escrupulosamente de negro.

En ella se guardaban, entre otros enseres, tres lanzas térmicas y dos martillos hidráulicos de mano que había traído la partida de trabajadores especializados en derribos que se suponía que se iba a encargar de tumbar la vieja fábrica y sacar sus restos de la finca. Al parecer los propietarios, por alguna razón misteriosa, querían hacer desaparecer todos y cada uno de los cascotes y las vigas que sostenían a aquel edificio, borrarlo por completo del lugar.

Deshacerse de la construcción enviando bien lejos hasta la última piedra. Convertir el edificio en algo definitivamente inexistente, como si nunca hubiera estado ahí.

Lo irónico era que, por el momento, a nosotros nos estaban pagando una buena pasta para protegerlo: todavía les era de utilidad, aunque sólo fuera en calidad de almacén de la maquinaria de obra. Maquinaria cara que había que guarecer de las inclemencias del tiempo. La fábrica, hasta estando moribunda, parecía reírse de sus amos.

Una enorme cadena y un candado de dos palmos habían mantenido al edificio cerrado desde tiempos de mi abuelo. A fecha de entonces, costaba hacer funcionar cómodamente la cerradura. Estaba dando problemas y se atascaba con facilidad, ya que apenas se había abierto en décadas, y en aquellos días, estando bien vieja, se estaba usando religiosamente cada dos horas para que los vigilantes echáramos un vistazo.

Forcejeé con la llave, contrariada y preguntándome hasta qué punto era necesaria aquella parte de la ronda. Los guardas estábamos rondando el interior de la fábrica por si algún idiota se decidía a robar material de obra pesada en aquel lugar que apenas nadie sabía que existía y que no figuraba en ningún papel. Parecía un sarcasmo. Todo cuanto había relativo a aquel sitio era como una gigantesca burla, como una de esas cosas que nunca debió haber sucedido. Empujé con esfuerzo los portones.

Me recibió, tal y como cabía esperar, la más negra y absoluta oscuridad.

Puse la *finisterre* en modo radial, encendiendo el tubo de neón de bajo consumo y apagando el foco direccional de xenón. A la linterna funcionando así la solíamos llamar «sable de luz», en honor a las películas de George Lucas.

La oscuridad pareció retroceder alrededor de mí, haciéndose un círculo de luz de cuatro metros de radio en

torno a mi figura. Mis pupilas se adaptaron al cambio. Empecé a fijarme bien en el escenario mientras lo recorría de un extremo a otro, curioseando.

El interior de aquella nave industrial era todo un museo: más que una fábrica aquello había sido un taller, dado que en los años treinta la confección del calzado era un oficio prácticamente artesanal. O al menos eso era lo que evidenciaba la infraestructura que, ahora apartada y arrinconada en un extremo de aquel edificio sin paredes, había servido para que los trabajadores del lugar ejercieran sus labores.

Concretamente, se trataba de dos docenas de bancos de trabajo donde se entretejía el esparto que servía de suela para las alpargatas de la época. Pequeñas mesas inclinadas, hechas en madera ahora ya podrida y carcomida, apiladas en un rincón. También había bobinas para cuerda de esparto vacías y un par de vetustas máquinas de coser. Yo iba enfocando con la linterna todos aquellos viejos trastos, preguntándome cómo era que nadie los había mandado tirar o quemar cuando todavía habrían servido como leña para el fuego, cuando reparé en un pequeño trozo de madera suelto que había bajo las patas de un banco de trabajo.

Era un trozo de madera de naranjo cilíndrica, torpemente tallada a mano de manera que sus extremos se estrechaban. Junto a él había una coqueta pala de madera, pequeña, también tallada en naranjo. Me arrodillé en el polvoriento suelo de la fábrica y estiré la mano bajo el banco de trabajo. Aparté un sinfín de telarañas, hasta que pude alcanzar aquellos utensilios de madera que tan familiares me resultaban.

Examiné con detenimiento la paleta y el bastoncillo, tratando de recordar qué demonios era aquello y dónde lo había visto antes... Al final recordé, no sin esfuerzo. Recor-

dé mis tiempos de niña, a principios de los ochenta, cuando jugaba en las calles del pueblo donde crecí.

Aquello era un juego de boli. El boli había sido muy habitual entre los niños de aquellas comarcas. Era un tradicional juego de calle cuya gracia consistía en lanzar la vara de naranjo, el «boli», golpeándolo hábilmente con la paleta. Los chicos de la época se solían construir laboriosamente sus propias palas y bolis a partir de ramas de naranjo para terminar midiendo con sus amigos su habilidad con el boli.

El juego había caído en desuso, lo mismo que las peonzas, los tirachinas y la mayor parte de los juguetes manufacturados con madera. Actualmente el boli era percibido por la gente de mi generación como algo ya obsoleto, como un vestigio de otros tiempos. Los jóvenes ni siquiera lo conocían. La generación de las videoconsolas ya no jugaba en la calle. Prefería globalizar el terreno de juego y competir vía Internet contra los ciudadanos de países distantes. De modo que los juegos populares entre los hijos de mis amigas en aquel momento consistían básicamente en volarle la cabeza a un anónimo asiático de reemplazo empleando un fusil *kalashnikov*. Y la rara era yo, que no me veía capaz de sentarme a los mandos de una videoconsola, pero que podía explicarles a sus estupefactos hijos con todo lujo de detalles cómo había que desmontar aquel fusil para limpiarlo.

Me pregunté cómo habría ido a parar un viejo juguete como aquel a semejante sitio y dejé con nostalgia el boli y la paleta sobre uno de los bancos de trabajo. Tal vez hubiera pertenecido al hijo de alguno de los trabajadores de la fábrica, aunque eso no explicaba qué demonios hacía un alpargatero llevándose a su retoño al trabajo.

Confusa, decidí centrar entonces mi atención en el resto del edificio, similar a un barracón de infantería. De

forma alargada, levantaba más de cinco metros del suelo y conservaba intacto su techo. Los ventanucos habían corrido peor suerte y tenían rotos todos y cada uno de sus cristales. Eran casi tragaluces, también alargados, horizontales, de apenas un palmo de alto y más de un metro de ancho. Estaban totalmente alejados de la vista de los trabajadores, como para que nadie pudiera alejar su vista fuera del trabajo, emplazados casi junto al techo, donde morían los muros. A través de ellos corría la brisa de la montaña, que entraba y salía del edificio a su antojo y de forma irregular.

En cada vaharada del viento de la montaña se levantaba polvo y se movían a la vez cuatro viejas y sucias lámparas de aceite que colgaban del techo, pendiendo de cuerdas anchas de esparto que terminaban en cadenas oxidadas, balanceándose a un lado y a otro, sin parar de rechinar en el proceso. Y, aunque la noche de aquella finca rural era negra-negra, algunas veces sucedía que un rayo de luna furtivo entraba dentro del recinto y aportaba una ínfima utilidad a los ventanucos, yendo a iluminar muy levemente un suelo mal empedrado.

Por último, y bajo los ventanucos, bien expuestos a la vista de los trabajadores, había un calendario de 1938 y una veintena de carteles republicanos de la época de la Guerra Civil. Estaban también podridos por la humedad y descoloridos por el paso del tiempo. Muchos de ellos apenas se podían leer. Venían firmados por la C.N.T. y la A.I.T. y todos presentaban el diseño característico de la propaganda pro-soviética y anarco-sindicalista, con el rojo predominando y los trazos firmes.

Enfoqué con la linterna los carteles mejor conservados para poder escrutarlos con detenimiento.

«Compañeros, alistándoos en la Columna Iberia reforzareis la lucha contra el fascismo», se leía en un cartel

en el que aparecía un horrible monstruo con una esvástica en su cabeza. Un dragón nazi había caído bajo el hacha de un obrero rojo en el cartel de al lado que rezaba algo así como «Hay que dar el golpe definitivo». Y en el muro de enfrente se adivinaba más de media docena de carteles en la misma línea, apiñados. Llamaba la atención especialmente uno sin palabras ni logotipos en el que un pie calzado con una alpargata de esparto pisaba el logotipo de La Falange, un símbolo fascista.

Había uno que se veía mucho más reciente que todos los demás. Lo leí con dificultad por culpa del moho, acercando bien el sable de luz. «Obrero, ingresando en la Columna de Hierro fortaleces la revolución». El cartel había sido pegado a la pared sobre los demás, prueba evidente que se trataba del último póster que se había colocado. Pensé un poco.

Pensé que la fábrica pudo perfectamente haberse abandonado cuando sus trabajadores se incorporaron a filas. Me pregunté si buena parte de los trabajadores de aquel lugar habrían terminado sus días muriendo en alguna de aquellas desgraciadas columnas de milicianos. Lo hice porque Claudio me había dicho que la fábrica llevaba más de sesenta años cerrada y porque la fecha y la decoración que todavía podía verse en aquel sitio te hacían pensar que la actividad en aquel lugar había terminado abruptamente cuando la guerra llegó hasta la comarca.

De lo que sí estuve totalmente segura cuando pasé el haz de luz de la *finisterre* sobre los carteles fue de otra cosa... Sin duda alguna, en aquel lugar habían sucedido cosas terribles durante la guerra: todos los carteles estaban ametrallados.